

EL PREMIO DEL HEROISMO.

EPISODIO DRAMÁTICO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

Don Vicente Sanchez M. Argenta.

Precio: una peseta.

PIEDRAHITA:

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE EUGENIO HERRERA Y LUENGO

Calle de Pilillas, núm. 24.

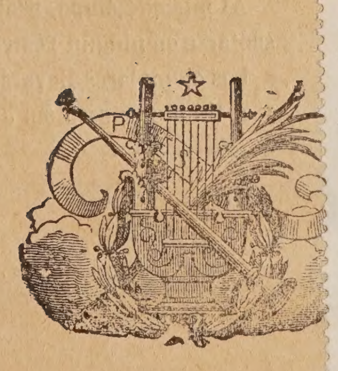
1884.

EL PREMIO DEL HEROISMO.

EPISODIO DRAMÁTICO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

Don Vicente Sanchez M. Argenta.



PIEDRAHITA:
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE EUGENIO HERRERA Y LUENGO
Calle de Pilillas, núm. 24.
1884.

DEDICATORIA.

Un episodio de la terrible inundación que en 1879 afligió á las hermosas provincias de Murcia y Alicante; me inspiró este drama que no tiene más valor que la benévola acogida que le ha dispensado el ilustrado público de esta localidad.

Al escribirle, no he tenido pretensión de ninguna clase, y como en sí no tiene mérito alguno, he buscado el medio de dársele, dedicando mi modesta obra al MUY ILUSTRE AYUNTAMIENTO DE ESTA HERÓICA VILLA.

La respetable Corporación, se ha dignado aceptarla; siendo para mí la más honrosa distinción que he podido merecer, la cual recompensa con exceso, los desvelos que haya podido producirme, por lo que queda sumamente agradecido, el más humilde hijo de Piedrahita

El Autor.

PERSONAJES.

ELENA.	Jóven de 18 años.
JUANA.	Tia de la anterior.
RUFINA..	Criada.
ANDRÉS..	Jóven de 26 años.
DON CÁRLOS. . .	Representa 44 años.
FELIPE.	Guardia Civil.

La acción en la huerta de Murcia,
poco tiempo despues de la inundación de 1879.

ACTO ÚNICO.

Decoración.—Casa blanca.—Puertas laterales en 1.° y 2.° término. Escena: sillas de Vitoria, una mesa de pino y encima un cuadro de la Vírgen y una lamparilla encendida.

ESCENA PRIMERA.

Elena. ¡Qué angustia! ¡Pobre de mí!
¡Cuánto sufre el alma mia
desde aquel infausto dia
en que á mi madre perdí!
¡Qué triste es mi soledad!
Miro muerta mi esperanza
y no veo en lontananza
quien proteja mi orfandad.
¡Madre... riquezas... hogar...
todo, todo lo he perdido!
Solo á la vida he venido
para sufrir y llorar.
¡Más que digo! Injusta soy
con el ser omnipotente
que al ver mi llanto, clemente,
un consuelo me dá hoy.
Consuelo que mi dolor
y mi honda pena mitiga,
y á sér esclava me obliga
de mi excelso protector.

¡Desde hoy más no lloraré
penas, desventuras tantas
lo prometo á vuestras plantas;
(*Se arrodilla ante la imágen.*)
sí, tranquila viviré!
¡A un hombre la salvación
debo, de una muerte cierta;
á él sólo abriré la puerta
de mi pobre corazón.
¡Rendida á tus piés de hinojos
hoy le ofrezco el alma mia;
cesó mi afán, mi agonía,
no habrá más llanto en mis ojos.
Y juro en este momento
que con Andrés me uniré,
ó tranquila marcharé
á encerrarme en un convento.

ESCENA II.

ELENA Y JUANA.

Juana. Elena, ¿te hallas mejor?
no llores tanto, ten calma.
Elena. ¡Ay! ¡las heridas del alma (*Se levanta.*)
dán siempre acerbo dolor!
Juana. Es verdad, hija; mas no
te entregues así al pesar,
que vas, Elena, á enfermar
y no lo tolero yó.
Tu desgacia, ya lo veo,
es grande y á mí me apena,
más no es la mayor, Elena,
yo al ménos, así lo creo.
Tú tienes, sobrina mia,
casa, abrigo, mesa y lecho;
y mas que nadie derecho
al cariño de tu tia.
¡Más, cuántos en la orfandad

quedaron empobrecidos,
y en adelante atenidos
á implorar la caridad

Elena. Tiene usted, tia, razón;
yo no me puedo quejar,
pues he logrado alcanzar
en usted mi salvación.
¡Más qué quiere usted! ¡mis penas,
fueron tantas estos dias,
que por pensar en las mias
me olvidé de las ajenas!
Con su razonar sereno
me recuerda usté el pasado,
y parece que el nublado
vuelve, y el rugir del trueno.
Aun me parece sentir
el ruido del torrente
que vino en rauda corriente
nuestra dicha á destruir.
¡Cuánto dolor! ¡qué agonía,
ver á mi casa temblar
y á mis piés un ancho mar
que todo lo destruia.
Ayes, gritos y clamores
sentir en mi derredor,
y del rayo al resplandor
ver cuadros desgarradores.
Allí una madre arrastrada
por la embravecida ola,
que al perder su hijo, se inmola
demente, desesperada.
Al hombre que en débil quilla
quiere salvar á su esposa,
sin anhelar otra cosa
que ganar la opuesta orilla.
Al hijo que rema y boga
con pertináz resistencia,

para salvar la existencia
de su padre que se ahoga.
En tanto que esto miraba,
ví á mi madre de repente
arrastrada en la corriente
que mi auxilio reclamaba.
No dudé, me arrojé al rio,
más por su fuerza arrollada
ofuscóse mi mirada
y me dejó yerta el frio.
Y no volví á sentir más
hasta que me ví salvada
junto á una cruz y arropada,
¡no lo olvidaré jamás!
Un hombre á mi lado ví
y al verle me sonrojé,
pero pronto adiviné
lo mucho que hizo por mí.
Sus ropas, de lodo llenas,
sin sombrero su cabeza,
mis lágrimas, con nobleza
enjugó, calmó mis penas.
¡Me contó que en la corriente
iba como leve pluma,
y contemplando la espuma
que me cercaba rugiente;
juró tranquilo y sereno
salvarme ó allí morir!
Se arrojó, me pudo asir
y cumpliendo como bueno
al pedestal de una cruz
se agarra, y en su agonía
diz se encomendó á María
amparo de la virtud.
No fué estéril, á fé mia,
su oración, pues me salvó;
y mi desnudez cubrió

con generosa hidalguía.

Juana. Elena, ¿á qué recordar
tantas veces esa historia?
Respetemos la memoria
de tu madre... ¿y á qué hablar
de ese dia tan aciago?

Elena. Andrés me salvó la vida,
yo le estoy agradecida
y... con bien poco le pago.

Juana. Sí, cierto; su acción fué buena
pero... hablemos de otra cosa;
tú puedes sér áun dichosa,
desecha tu amarga pena,
porque hoy, Elena, es preciso
aunque mucho no te cuadre
lo que prometió tu madre
cumplir y...

Elena. Tia, ese aviso
debiera no recordarme;
mi promesa dí al olvido
y de corazón la pido
que no vuelva de ella á hablarme.

Juana. Sí, ya veo que el dolor
te ha trastornado, hija mia.

Elena. No es eso, querida tia,
es, que no le tengo amor.
Por eso no puedo yó
cumplir la nécia promesa
que hice en mal hora; me pesa,
y nó he de cumplirla, nó.
¿Porqué tengo de aumentar
la amargura de mi suerte
si me ha robado la muerte
á mi madre?

Juana. En tu pesar
bien pudieras ser feliz,
Don Cárlos, es rico, es noble...

Elena. ¡Qué siempre deja en el pobre
honda y ancha cicatriz!
Juana. Eso no, porque á mi hermana
la hizo el favor que tú sabes;
la prestó veinte mil reales.
Elena. ¡A interés! Acción humana.
Juana. Sin hipoteca, ni aumento,
ni irritante condición.
Elena. Hipotecó mi pasión
y ese es, tia, mi tormento.
Pero hoy que la inundación
me ha legado la tristura,
yo rompo la ligadura
de tan torpe condición.
Juana. Bueno, bien; harás tu gusto,
pero con calma medita.
Elena. Este corazón me grita,
y á su existencia me ajusto. (*Váse Juana.*)

ESCENA III.

ELENA (sola.)

Pues me quieren sujetar
á un lazo fuerte y eterno
por mi gusto me he de atar;
que es áun peor que el infierno,
segun creo, el mal casar.
Don Cárlos con su cinismo
se obstina en que he de ceder,
y quiere por egoismo
por su orgullo sostener
que me hunda yo en el abismo.
Más ya que Dios me hizo fuerte
para sufrir el quebranto,
he de preferir la muerte
ántes que el inútil llanto
llegue á envenenar mi suerte.

ESCENA IV.

Dicha y RUFINA (por el foro.)

Rufina. ¿Se puede entrar, señorita?
Elena. Pasa, Rufina; ¿qué ocurre?
Rufina. ¡Válgame Dios! no discurre
que la anuncio una visita.
Elena. Dispensa, que preocupada
con las cosas de mi tia...
Rufina. ¡Bah! Yo traigo la alegría,
alegre usté esa mirada...
¿Le digo que pase? Vamos,
que el pobre aguardando está
y á sus solas pensará
que desairándole estamos,
Elena. Bueno, Rufina, está bien;
puedes hacerle pasar
y por si ocurre llamar
te hallas cerca tú tambien. (*Váse Rufina.*)

ESCENA V.

ELENA Y ANDRÉS.

Andrés. (*Saliendo.*) ¡Elena!
Elena. ¡Andrés! ese traje...
Andrés. Indica que el Rey premió
mis servicios y me dió
la *absoluta*. Mi equipaje
cambié con mucha alegría,
y ya soy paisano, Elena.
Elena. Pues que sea enhorabuena.
Andrés. Gracias te dá el alma mia,
sí, Elena, que tú tambien
tuviste parte en mi gloria.
Elena. ¿Yo, Andrés? Pues no hago memoria.
Andrés. ¿No?... Pues escúchame bien.
Recuerda que al encontrarte
presa de la inundación
tuve la satisfacción

el gran placer de salvarte
de tan grave situación.
Aun al recordarlo siento
oprimirse el corazón.
¡Espantosa confusión,
ayes, gemidos sin cuento,
terrible desolación!
El estampido del trueno
por todas partes retumba,
y el rayo de furia lleno
viene á iluminar el cieno
de aquella tétrica tumba.
Cuanto se puede pensar,
la belleza de los prados,
la ventura del hogar,
chozas, séres y ganados
al torrente van á dar.
Por el dolor embargada
se encontraba el alma mia
en aquel infausto dia
que por el agua anegada,
nuestra ciudad se veia.
Al ver tu cuerpo flotar
y temiendo por tu suerte,
¡virgen santa del Pilar!
exclame, dáme la muerte
si nó la puedo salvar.
Al caudaloso torrente
me lanzo con energía;
buscando con ánsia ardiente
ó morir como un valiente,
ó salvarte, Elena mia.
Cuando á tu lado llegué
la fuerza ya me faltaba;
sentí vacilar mi fé
y al quererte asir hallé
un mar que nos separaba.

En medio de mi locura
pido con fervor á Dios
que no aumente mi amargura,
ó que una tumba segura
nos proporcione á los dos.
Yo temblé pensando así,
el vértigo me avasalla,
más el ardor nace en mí
y salvo la extensa valla
que me separa de tí.
Vencí la ráuda corriente
con inaudito valor;
cojí tu cuerpo doliente
y nadé con más ardor
hasta salir del torrente.
A donde brilla una luz
llevo mi carga preciosa,
allí entre mirtos y rosas
se ostenta rústica cruz,
emblema de paz gloriosa.
En el tosco pedestal
dejé tu cuerpo doliente,
y con la fé más ardiente
bendije á Dios celestial
posando un beso en tu frente.

Elena. Eso en verdad ocurrió;
aún recuerdo el pedestal
y el estado tan fatal
en que allí me encontré yo.
Tu conducta fué leal,
fuiste grande para mí,
generoso cuál ninguno;
difícilmente hallar uno
que se condujera así.

Andrés. Dispensa si te importuno;
me adulas y me sonroja,
¿quieres qué pida la paga?

¡Al amor propio no alhaga
lo que al corazón enoja!

Elena. ¿Y qué quieres que yo haga?
Yo no te quiero ofender,
más bien te quiero agradar,
y no acierto á comprender,
cómo una pobre mujer,
te pudiera á tí pagar.

Andrés. Basta á mi satisfacción
poder, Elena, agradarte.

Elena. Es que yo quisiera darte...

Andrés. Pues dama tú... estimación.

Elena. La tienes; más voy hablarte
con franqueza. Dí, ¿otra cosa,
no quieres de mí exijir?

Andrés. ¿Qué más puedo yo pedir
que verte alegre y dichosa?..
Eso basta en mi sentir.

Elena. ¿Y ser dichosos los dos,
no era Andrés, más natural?

Andrés. Ese es mi bello ideal,
que te amo, lo juro á Dios,
con un amor sin igual.
Con un amor que por tí
nació en crítico momento,
que absorve mi pensamiento
y que ardiente, inmenso, aquí
dentro del alma lo siento.
Amor que Dios me inspiró,
que á ninguno se parece,
que me abrasa y me enloquece;
y como de Dios nació
mas cada vez se engrandece.
Pienso en tí, si estoy despierto,
en tí pienso, cuando sueño;
que eres, Elena, mi dueño,
y por tí mi bien, abierto

miro un porvenir risueño.
Sí, sí, Elena; mi pasión,
es mi vida, mi tesoro;
con todo el alma te adoro,
acepta mi corazón
de rodillas te lo imploro. (Se arrodilla.)
¡Ah! Permíteme alma mia,
pues no temo tus enojos,
que rendido aquí de hinojos
pida con idolatría
una mirada á tus ojos.

Elena. ¡Oh, levanta! Si es así,
cesó mi pena, mi anhelo;
y yá que mi madre al cielo
se fué dejándome aquí,
tú, Andrés, serás mi consuelo.

Andrés. De veras, ¿podré esperar
correspondas á mi amor?

Elena. No hallara esposo mejor,
no tengo porqué dudar.

Andrés. ¡Oh, bendito tu candor!
Mas por ser agradecida
no me engañe tu inocencia.
Piénsalo, Elena querida,
que fuera tu complacencia
un suplicio de mi vida.

Elena. Cuando volví del letargo
en que estuve enonadada,
vi cruzar por tu mirada
no sé, de celestial algo
que me dejó enamorada.
Un no sé qué de heroismo,
de noble y santa virtud
que me dió la esclavitud;
pues juré al momento mismo
ser tuya, al pié de la cruz.
Desde entonces te amo, sí,

con un amor tan profundo
que no me alhaga en el mundo
nada como amarte á tí,
y en tí, mi esperanza fundo.

(Coje de la mano á Andrés, le lleva al pié de la imágen donde se postran de rodillas, y dice con mucha solemnidad los siguientes versos.)

Sí, Andrés; te jura mi acento
que á tí sólo te amaré
y tuya sólo seré,
ó encerrada en un convento
á Dios me consagraré. (*Se levanta.*)

Andrés. ¡Hoy empiezo á ser feliz!
¡Oh, gracias, hermosa Elena,
que tu alma pura y serena
deje de ser infeliz
y olvide su triste pena!
No me pesará la cruz;
¡que dichoso me contemplo!
yo haré de mi casa un templo
de caridad y virtud,
siguiendo, Elena, tu ejemplo.
Y cruzaremos ufanos
el mundo pisando flores,
gozando nuestros amores
cojidos de nuestras manos
como amantes trovadores.
¡Sí, sí, te haré tan dichosa,
que todas te han de envidiar;
y la vida en nuestro hogar
será tranquila y hermosa
como el más dulce soñar!
¡Adios! Conserva un recuerdo
de tú sagrada promesa
que tanto á mí me interesa.

Elena. A todas horas me acuerdo
Andrés de tí; y no me pesa.

Andrés. ¡Te dejo mi corazón
al marcharme de tu lado!
Elena. ¡Yo el alma mia te he dado
entera con mi pasión!
Andrés. ¡Entónces, voy bien pagado! (*Váse Andrés.*)

ESCENA VI.

ELENA (sola.)

Sin duda le has enviado
madre mia desde el cielo
á endulzar mi desconsuelo,
y á calmar leal y honrado
la tristeza de mi anhelo.
En tú fosa cineraria
no te lloraré jamás,
y tranquila me verás
alzando humilde plegaria,
que tú me devolverás.

ESCENA VII.

Dicha, JUANA y CÁRLOS.

Cárlos. Señorita, á vuestros piés.
Elena. Don Cárlos, beso su mano.
(Ya tengo aquí mi tirano.)
Cárlos. (¡Qué hermosa, qué bella es!)
Juana. Don Cárlos, hija, queria
hoy hablarte de un asunto...
Elena. Entónces, que empiece al punto.
Cárlos. Sí lo haré, porque á fé mia
debo, Elena, asegurar
que su suerte me interesa.
Elena. (*Con frialdad.*) Gracias, atención es esa,
que nunca podré olvidar.
Cárlos. (*Con hipocresia.*) Mi relación será corta.
Ya sabe usted que la quiero,
y que para mí el dinero
es lo que ménos importa.
Elena. (¡No ví embustero mayor;

de horror y espanto me llena.)

Juana. *(Aparte á Elena.)* Oyele con calma, Elena,
te lo pido por favor.
(Á Cárlos.) Si usted me dá su permiso.

Cárlos. Señora, está usté en su casa,
y por lo tanto, sin tasa
puede obrar sin ese aviso. *(Váse Juana.)*
Supongo no habrá olvidado
que su madre cierto dia
un grave apuro tenia
por un pleito malogrado.
Tambien debe recordar
si la memoria la es fiel,
que yó del apuro aquél
pude á su madre salvar.
Y por remediar sus males,
sin pacto, ni condición;
por privada obligación
la presté, veinte mil reales.
Y su madre agradecida
esa mano me ofreció,
y usted tambien consintió
en ser... sí, mi prometida.
Mi proceder no me pesa,
y espero que usted ahora
siendo, Elena, mi acreedora;
me cumplirá su promesa.

Elena. Es verdad, usté un favor
señalado hizo á mi madre,
pero yó aunque no le cuadre
no he de pagarle... en amor.
Porque la promesa mia,
y decírselo á usted siento,
fué promesa del momento
que importancia no tenia.
En cuanto al crédito, es justo;
le reconozco y respeto,

y pagársele prometo
agradecida y con gusto.
Mas de usted un plazo espero,
que es mala mi posición;
pues perdí en la inundación
mis bienes y mi dinero.

Cárlos. ¡Dinero!.. ¡Ah!.. lo prometido
es lo que á mí me es preciso,
y un edén, un paraiso
te daré.

Elena. Tiempo perdido.
Ya le dije y le repito
que el crédito pagaré,
si un plazo concede usté.

Cárlos. ¡Oh, yo tu amor necesito!

Elena. Don Cárlos, no más de amor,
me vuelva en su vida á hablar;
porque me voy á casar
con mi bravo Salvador.

Cárlos. ¿Pero tú, Elena querida,
no sabes que amor me inflama?
¿Ignoras cuánto te ama
mi pecho, que eres mi vida?
Si en este amor consintieres
tendrás un rico tesoro;
y á tus piés un rio de oro
haré correr si tú quieres.
(*Se arrodilla intentando cojerla la mano.*)
¡Te serviré de rodillas,
esclavo tuyo he de sér
pero... déjame poner
mis lábios en tus mejillas!

Elena. ¡Es usted infame y nécio!
(*Con mucha energia.*) ¡Pretende usted abusar
y no lo he de tolerar;
sepa usted que le desprecio!

(*Fuera de si y avanzando hácia ella de rodillas.*)

Cárlos. ¡Oh! Yo me muero por tí,
y tu desprecio me irrita,
y tu hermosura me incita;
¿por qué no has de amarme, dí?
¡No aumentes más mi suplicio!
Elena, dáme tú mano.
(*Le rechaza al decir este verso y le hace caer.*)
Elena. ¡Apártese usted, villano!
(*Cuadro al marcharse dice con solemnidad el siguiente verso.*)
Triunfó la virtud del vicio. (*Váse Elena.*)

ESCENA VIII.

DON CÁRLOS.

¡Ah, despreció su altivéz
á mi amor y mí tesoro!
¡Yó pisaré su decoro!
¡Yo me vengaré á mi vez!
¡Me cree débil... desatina!
¡Ay, los celos me devoran!
¡Mi sangue inflaman... me ahogan!
¡Me vengaré, sí!.. ¿Rufina?
¡Gozaré con su agonía!

ESCENA IX.

Dicho y RUFINA.

Rufina. ¿Me llamaba usted, señor?
Cárlos. Sí, porque tú protector
quiero sér desde este dia:
Ya verás que pronto empieza
mi protección á elevarte;
toma, que empiezo á probarte
lo grande que es mi largueza.
Rufina. Gracias. (¡Vaya, una peseta!
¡Allá vá la gran fortuna!
Este bribón trama alguna
que á mis amas comprometa.)
Cárlos. (Bueno es tenerla contenta.)
Un favor pedirte quiero.

Rufina. Segun... y cómo...
Cárlos. Es lijero
y dos mil reales te renta.
Rufina. Pues, entónces me acomodo.
Cárlos. ¿Y tú me vas á servir?
Rufina. (¡Infame! ¿qué irá á decir?)
Por esos cuartos en todo.
Cárlos. A tu señorita Elena
hace tiempo que yó adoro,
pero sus desdenes lloro
y esto, Rufina, me apena.
Y aunque derecho me asista
su mano para obtener,
no logro nunca tener
á solas una entrevista.
De mi parte está su tia,
pero hay por medio otro amor
y esto causa mi dolor
y aumenta la pena mia.
Por eso, Rufina bella,
para evitarme un reproche
quisiera hablar esta noche,
un rato á solas con ella.
Conque, si estás decidida
á darme tu proteccion,
proporciona la ocasion
que tanto anhelo, querida.
Esta noche... y en su sala,
á solas la quiero ver...
más no vayas á creer
sea para cosa mala.
Rufina. (De buena no tiene cara:
sáqueme Dios de este atranco.)
Cárlos. ¿Conque... hallaré el paso franco?
Rufina. (Si á quien sirvo no mirara...)
Corriente. Mas no se explica...
¿Porqué claro no me habla?

Cárlos. Pues yo te doy mi palabra
que digo la verdad, chica.
Hace ya tiempo que soy
el prometido de Elena,
y quiero que mala ó buena
franca respuesta dé hoy.

Rufina. ¿Y usté cree que no comprendo
que todo eso es una trama?

Cárlos. Rufina, de amor es llama
que en este pecho está ardiendo.

Rufina. Entónces... lo prometido,
don Cárlos, he de cumplir.

Cárlos. A las doce me has de abrir
y negocio concluido.
Te daré lo que me pidas,
pero has de estar muy alerta;
yo toso, y me abres la puerta
á las dos horas cumplidas.
Pero, oye, á nadie dirás
lo que en la casa ocurrió.

Rufina. ¡Cómo un sepulcro soy yó!

Cárlos. Pues muy rica te verás.

Rufina. Convenido... y me voy yá,
que viene aquí la señora.
(No nací para traidora;
doña Elena lo sabrá.) (*Váse Rufina.*)

ESCENA X.

DON CÁRLOS Y JUANA.

Juana. Turbada ha entrado la niña,
con vista torva y feróz,
y como usted me interesa
vengo á saber qué ocurrió.

Cárlos. ¡Ocurre, señora mia,
una cosa horrible, atróz!
Que su dichosa sobrina
se ha burlado de mi amor;

que al hablarla yó rendido
con desdén me despreció;
que con dengues y monadas
nécio, infame me llamó;
y con mucha altanería
la ingrata me confesó
que no se casará nunca
mas que con su Salvador,
y otras mil y mil lindezas
que yá no recuerdo yó.
Pero la juro, señora,
que Elena y su trovador,
sufrirán mi justa cólera.
¿Me vengaré, por qué nó?
La venganza es muy sabrosa,
y vengativo soy yó.
¡Pues no me faltaba más!
¡Esa tonta me ofendió
y yó no consiento nunca
que me ofendan, nó por Dios!

Juana. Don Cárlos, usté en mi casa
es el amo, es el señor;
porque le debo favores
que nunca olvidaré, nó.
Pero hablar de mí sobrina
tan mal como há poco habló,
no es ni digno, ni decente,
ni puedo sufrirlo yó.

Cárlos. La indirecta es muy directa,
y la agradezco el favor.
¡Ya sé dónde está la puerta,
y me voy... señora, adios!
Mañana por la mañana
irá mi procurador,
á presentar contra ustedes
demanda de ejecución.
Y como usted, doña Elena,

con su hermana se obligó,
verá pronto que el Juzgado
embarga sin dilación
esta casa y demás bienes
de que está usté en posesión.
Todo se venderá luego,
y yó cobro... y se acabó.

Juana. Don Cárlos, usté no hará eso.

Cárlos. Mañana sin remisión.

Juana. Yo no le he dado motivos,
que siempre dispuesta estoy
á servirle como puedo;
tenga de mí compasión.

Cárlos. Usted me echa de su casa,
y me insulta.

Juana. ¡Por favor!
¡Yó echarle á usted! ¡ni por pienso!
Mal mi frase interpretó;
yó le estimo á usted, no quiera
negarme su protección.
¡Ah! Transija usted, don Cárlos,
que es bueno su corazón.

Cárlos. Bueno, señora, transijo;
más con nna condición:
Elena, será mi esposa.

Juana. Yó la haré entrar en razón;
procuraré hablarla al alma.

Cárlos. Entónces... tranquilo voy.

Juana. ¡Váyalo usté... y Dios le ayude,
ya que que mi ruego escuchó!

Cárlos. Duro en ella, porque es terca.

Juana. Pues en la huerta nació. (*Váse Don Cárlos.*)

ESCENA XI.

JUANA Y ELENA.

(*Empieza á oscurecer.*)

Juana. La hablaré ahora mismo. ¡Elena! (*Al verla salir.*)

Desecha tu amarga pena
que es lo mejor resignarse.
Eres, hija, hermosa, bella;
debes pensar en vivir,
y un risueño porvenir
te augura niña una estrella.

Elena. ¿Sabe usted la astrología?
Pues es cosa que ignoraba.

Juana. Cuando jóven la estudiaba
y los astros conocía.

Elena. ¿Y mi futuro destino
ya *mi estrella* la prodijo?

Juana. Sí, hija mia; más me dijo (*con intención*)
que llevas muy mal camino.

Elena. Pues dirija V. mis pasos,
mi buen *sino*, hasta alcanzar.

Juana. Si á *oros* quieres jugar
los obtendrás, y no escasos.

Elena. Si á la *baraja* jugué
los *oros* no me gustaron, (*con intención*)
las *espadas* me agradaron
y á *espadas* yó ganaré.

Juana. Entónces, terrible agüero;
la estrella te vaticina,
porque se encona la espina
que tiene punta de acero.

Juana. Lo siento, que yó me inclino
á seguir mi inspiración...
yó no busqué la ocasión,
lo querrá así mi destino.

Juana. Se podrá modificar
si con tiempo se precabe.

Elena. Entónces, sólo en Dios cabe
el poderlo remediar.

Juana. ¿Conque, te hallas decidida
á abandonarte al destino?

Elena. Si Dios guia mi camino,

jamás estaré perdida.

Juana. (*Con enfado.*) Es mucha tu obstinación
y me haces desesperar. (*Marchándose por el foro*)

Elena. (*Con entereza.*) Pues yó no he de violentar
jamás á mí corazón.
(*Marchándose por puerta izquierda.*)

ESCENA XII.

RUFINA, (saliendo por el foro derecha.)

¡Cuánta simpleza escuché
y cuán menguada yó fuí,
cuando no abofetée
á aquel hombre baladí
y á la calle le arrojé!
¡Inaudita es su osadía,
mal concepto tengo, sí;
cuando tan á sangre fria
ese bribón, busca en mí
una infame alevosía!
Y es realidad; no soñé
el tunante estaba allí;
me ofreció... yó no sé qué
y esta noche prometí
guardarle aquí por mi fé.
¡Sí, sí, yó le ocultaré,
á las doce le he de abrir,
á Felipe avisaré
y cuando intente salir
entónces me vengaré!

ESCENA XIII.

Dicha y FELIPE, con uniforme de Guardia Civil.

Felipe. Rufina, bien mio,
¿se puede pasar?

Rufina. Sí, entra Felipe;
no hay dificultad.

Felipe. ¡Salero bonito;
que viva tú sal!

Rufina. ¿Empieza el floreo?
Felipe. ¿No he de florear,
si vale esa cara,
niña, un dineral?
Rufina. Vaya, ¿no exajeres?
Felipe. Qué he de exajerar,
si tienes más gracias,
niña, en esa fáz
¡qué estrellas el cielo!
¡qué peces el mar!
Rufina. Cállate, embustero,
y no mientas más.
Felipe. Carita de rosa,
mi bello ideal;
tus dientes, son perlas;
tus lábios, coral.
Rufina. Acaba ya, chico,
de lisonjear.
Felipe. Cuando por la calle
te veo pasar,
con tanto salero,
con tan buen andar,
y les oigo á todos
tú gracia ensalzar,
se me cae la baba
de gusto, al mirar
tantas perfecciones,
tan rara beldad,
y la boca abierta
se me queda, ¡aah!
y mis ojos luego
nublándose ván,
y me dán mareos,
vahidos me dán,
y sin yó poderlo,
chica, remediar,
yó siento en las venas
mi sangre abrasar.

Rufina. ¿Cuando yó te escucho
así ponderar,
mis gracias, mi garbo,
mi dulce mirar;
cuando tan meloso
te oigo ensalzar,
mis ojos, mis dientes,
mis lábios, mi andar,
mi pelo, mi cuerpo,
mis manos, mi fáz;
piensas que te creo
con sinceridad?
Pues bien te equivocas,
no crees la verdad,
que yá sé que eres
Felipe, un truhan,
y que á cuantas hablas
lo mismo dirás.
Más cuida que un dia
por casualidad
no acierte yó á verte...
porque soy capáz
de hacer con vosotros
una atrocidad;
que si por la buena
soy como el buen pan,
si una vez me enfado,
entónces... ¡la mar!

Felipe. Vamos, nena mia,
no te enfades más;
porque yó en el mundo
no te he de faltar.
Ese rostro hermoso
desenoja yá,
y no dés más vueltas
á tú delantal.

Rufina. No quiero, si ántes

no juras leal,
que nunca á ninguna
más que á mí amarás.

Felipe. Juramentos, hija,
no quiero prestar,
que peca el que jura
sin necesidad.

Rufina. ¿No juras? ¡infame!
no te vuelvo hablar.

Felipe. Vaya, no te enfades,
pecado es venial,
y pues lo deseas
peco... y á jurar
voy, que éres mi vida,
que éres mi beldad,
y que en esa peca
quisiera pecar
con otro pecado
que es más capital.

Rufina. (¡Ah, pillo, tunante;
tú las pagarás!)

Felipe. Vuélveme tú rostro
morena juncal,
que me estás haciendo
sin culpa penar.
No seas celosa,
¡ay, por caridad!

Rufina. Me sobran motivos.

Felipe. ¿Qué te han de sobrar?
¡Yó á ninguna quiero
más que á tí, cabal!

Rufina. ¿Lo juras?

Felipe. Lo juro.

Rufina. Entónces...

Felipe. En paz.
¿Estás yá contenta?

Rufina. ¿Contenta?... ¡quizás!

Felipe. ¿Y dí, me permites?..
Rufina. ¿Qué?
Felipe. Nada... ¿abrazar?..
Rufina. ¡Jesús, eso nunca!
Felipe. ¿De veras?
Rufina. ¡Jamás!
Felipe. ¿Ni siquiera uno?
¡Uno nada más!
Rufina. Si es uno...
Felipe. ¿Consientes?
Rufina. ¡Granuja! ¡Truhan!
Felipe. (*Abrazándola.*) ¡Ay, qué rico sabe!
(Se repetirá.)
Rufina. ¿Me quieres?
Felipe. Te adoro.
Rufina. ¿Mucho?
Felipe. ¡Mucho! Más,
que quiere la abeja
su dulce panal,
más que la cordera
á su recental;
como el tortolillo
quiere á su mitad,
como la paloma
á su palomar;
como aman de veras
en el Indostán,
en Madrid, en Rusia,
en Galapagár,
en Pinto, en Getafe
y hasta en Ultramár.
¡Cómo... más qué digo!
Como yó sé amár,
con tanta vehemencia,
tal volocidád
que á su lado es poco
la electricidád...

Rufina. ¿De veras?
Felipe. ¡Lo afirmo!
(¡Qué bonita está!)
¿Y tú á mí me quieres?
Rufina. Si te quiero yó?
Más que la paloma
quiere á su pichón,
cuál la mariposa
quiere á la flór,
como las plantas
quieren al sól,
como á su concha
el caracol;
como aman de veras,
en Rusia, el Mogól,
en Calcuta, en Grecia,
en China, el Ferról,
en París, en Lóndres
y en Sebastopól.
¡Cómo... más qué digo!
Como quiero yó,
con tanta violencia,
tan ardiente amor
que no hay en el mundo
querer tan velóz.
Felipe. ¡Ay, mi corazón
se quiere saltar,
y brinca en mí pecho
con celeridad!
Pónme aquí la mano.
Rufina. ¡Eh, quítate allá!
Felipe. ¿No soy tú pichón?
Te voy á arrullár.
Rufina. Hablemos, Felipe,
con formalidád.
Sabe que don Cárlos,
ese perillán,

bandido, usurero,
quiere deshonrar
á mi señorita.

Felipe. ¡Viejo carcamál,
como yó le atrape
me las pagará!
¿Más dí, de qué modo?..

Rufina. Quiere penetrar
en casa de noche,
y luego... pasár
con la señorita
dos horas no más.
Yó le he prometido
que le he de ayudar.
De modo...

Felipe. Comprendo,
no prosigas yá.
Andrés, ahora mismo,
todo lo sabrá.
¿Y á qué hora?..

Rufina. A las doce.

Felipe. Aquí nos tendrás.
Antes de la hora
haré la señal;
entramos y luego...
luego... Dios dirá.
Me voy al momento.

Rufina. ¿Te vás?

Felipe. Sin tardár.
¡Adios, hechicera!

Rufina. ¡Adios, mi galán!
¿Me quieres?

Felipe. ¡Remucho!
¿Y tú á mí?

Rufina. ¡Remás!

Felipe. ¡Me la comeria!

Rufina. ¡Qué pena me dá!

Felipe. ¡Te dejo mi vida!
Rufina. ¡Con mi alma te vás!
Felipe. ¡Olé, lo bonito,
que viva la sál. (*Váse.*)

ESCENA XIV.

RUFINA Y ELENA.

Elena. ¿Qué haces, dí, tan pensativa?
¿Porqué tan triste te encuentro?
Te hé buscado por ahí dentro.
¿Quién és ese que se iba?
Rufina. Ese... era... mi novio, vamos,
que de Andrés, es muy amigo,
y que estaba aquí... conmigo...
De usted, señorita, hablamos.
Elena. Una desgracia me oculta
tu tímida entonación;
me lo dice el corazón.
Dímelo, que no me asusta.
¿Qué pena desconocida
me amenaza? Habla al momento.
Te turbas... ¡Ay, qué tormento
me dá tú calma homicida!
Rufina. ¿Pues... qué digo? ¡la senal!
(*Al oir tres palmadas que dá Felipe.*)
Despues lo satisfaré.

(Sale Rufina y vuelve enseguida con Felipe.—Poco despues entra Andrés.—Todos por el foro izquierda.—Há oscurecido y Rufina trae luz en la mano que deja sobre la mesa.)

Elena. ¡Cielos, se vá! ¿No sabré
esa noticia fatal?

ESCENA XV.

ELENA, RUFINA, FELIPE Y ANDRÉS.

Felipe. (*A Rufina.*) Salí á la calle y le ví,
me acerqué á él y le hablé;
todo al punto le conté
y viene detrás de mí.

Andrés. (*Entrando.*) Hermosa, Elena, querida;
destello de la alborada;
bella perla nacarada
encerrada en su capúz,
vén, y descubre tus galas
con tu sonrisa de amores
y estimula á los pintores
que copien tu juventud.
Más no bastará el pincel,
que nó podrá delinear
esa poesía en el mirar
que sólo mis ojos vén.
Tú pureza es ideal,
y tú belleza morir
me hará si no hé de vivir
á tú lado en este edén.
Y si el virginal rubór
á tús mejillas asoma;
entónces tú rostro toma
de un ángel la hermosa lúz;
que como vive en su Dios
él la tomará á raudales
y sus goces celestiales
conquistará tú virtúd.
Una terrible desgracia
amenaza á tú candór;
tú límpido y puro honór
hoy trataban de robarte;
y tú virginal ventura
hermosa rosa de Abril,
un malvado, un hombre víl
meditaba arrebatarte.
Pero nó, no quiere Dios
que se realice su crímen,
tús virtudes te redimen,
un ángel vela por tí.
Y yó que estoy prevenido

cuando llegue el caso dado
sorprenderé á ese malvado.
Sí, Elena, confía en mí.
Duerme tranquila y sin pena
en aquél lecho de flores,
el sueño los de amores
con su májica visión.
Y en ese sueño dichoso
te sonreirá placentera
la esperanza lisonjera
de mi acendrada pasión.
¡Ay, del que intente turbar,
ese sueño seductor!
que se encontrará mi amor
guardándole, por su mal.

Elena. ¡Oh! gracias, amigo mio,
gracias, mi Andrés adorado,
gracias, Rufina; cuidado
no tendré; en vosotros fio.

Felipe. Señorita, descuidada,
tranquila puede dormir,
que yá no hemos de salir
de aquí, hasta la madrugada.
Para inspirarla valór
voy una noticia á darla,
que de fijo ha de alegrarla
porque interesa á su amór.
A este amigo generoso
con dos cruces han premiado;
dos cruces que él ha ganado
y debe estár orgulloso
por ser valiente soldado.
Una de honór, de nobleza,
y la otra pensionada;
una le dá la grandeza,
otra, una pensión ganada
por su heróica fortaleza.

¡Ayer vivía ignorado,
simple guardia civil era,
hoy noble, amado, friolera,
y su valór denodado
elogia la prensa entera!

Elena. ¡Oh! ¿de veras? ¡Cuánto vales!
¡Andrés, mi dicha acrecientas!

Felipe. No terminan ahí las cuentas;
con sueldo de diez mil reales
le han hecho oficial do rentas.

Andrés. Es cierto, Elena, y mi amor
ahora ofrezco más contento.

Rufina. (*Que habrá estado observando á la puerta.*)
Ocultarse en el momento
que yá está aquí el seductor.

(*Todos se ocultan precipitadamente en la habitación de Elena.*)

ESCENA XVI.

DON CÁRLOS, (entrando con recelo.)

¡No hay duda, nó me hán sentido!
Esta noche hé de lograr
lo que nó pude alcanzar
de amante favorecido.
¡Oh, qué feliz voy á sér,
Elena, en tú posesión!
Realizaré la ilusión
que desconfié obtener.
Quiero su aroma aspirar,
y en sus ojos quiero ver
lo que vale la mujer
que es mi eterno delirar.
Quiero con placer gozar
de mi venganza soñada;
sí, la veré deshonrada
y esclava de su pesar.
Despues recordarla quiero
todo lo que yó sufrí,

cuando al implorarla el sí
me dió un reproche altanero.
Cuando se encuentre burlada
aterrada me verá.
Oigo pasos... ¿quién será?
¡Ah! sin duda es la criada.

ESCENA XVII.

Dicho y RUFINA.

Rufina, ¿Está sólo y no ha llamado?
Señor, porqué no avisár...
Cárlos. Era prudente evitár...
¿está todo preparado?
Te daré lo prometido
cuando la... sesión concluya.
Rufina. Fío en la palabra suya.
(En el garlito has caido.)
Voy á ver si ha terminado
de acostarse doña Juana.
(Tú has venido aquí por lana
y hás de salir trasquilado.)
(Sale por el foro derecha y vuelve á poco rato.)
Cárlos. ¡Cielos!.. ¿será la conciencia?
¡Nunca, jamás la he tenido!
¡Siempre hé sido descreido!
¡Entremos, no haya clemencia!
¡Por todo atropellaré!
¡En mí no hay yá compasión!
¿Porqué gritas, corazón?
¡Oh, sí, sí, me vengaré!
Rufina, ¿su habitación?
Rufina. (*Saliendo.*) Aquella, que tiene lúz.
Cárlos. (¡Allí muere su virtúd!)
Rufina. (¡Allí está tú perdicción!)
Cárlos. ¡Te ruego que estés alerta!
Rufina. Si señor, sí, lo estaré.
(Entra D. Cárlos en la habitación de Elena.)
¡Ah, malvado! ¡Hombre sin fé!
¡Tú infamia está descubierta!

ESCENA XVIII.

Rufina, á la izquierda.=Andrés y Felipe sujetando á D. Cárlos y detrás Elena: poco despues doña Juana acabándose de vestir. (La colocación de los personajes, es la siguiente: D. Cárlos en el centro; á la derecha Andrés, Elena y doña Juana; á la izquierda Felipe y Rufina.

Felipe. ¡Infame! ¡vil! ¡zorro viejo;
en el garlito has caido!
¡Sí, bribón, te hemos cojido;
voy arrancarte el pellejo!
Cárlos. ¡Perdón, señores, por Dios!
Andrés. ¡Malvado! Ese nombre en tí
es un escarnio, y aquí
morirás entre los dós.
Elena. (*Saliendo.*) ¿Qué pasa, señor, qué pasa?
¿Quién promueve tanto ruido?
Felipe. Pasa... qué se le há caido
encima á un pillo la casa.
Andrés. Pasa... qué éste caballero
atropellar el decoro
quiso de Elena, de su oro
haciendo alarde altanero.
Pasa... qué aquí se internó
su pureza á mancillar,
y no lo pudo lograr
porque un ángel lo evitó.
El Justo que murió en crúz
se opuso á su iniquidad.
Que impotente es la maldad,
si lucha con la virtud.
Y Dios siempre omnipotente
concede su amor, su ayuda
al que en la virtud se escuda,
y al bueno ampara clemente.
Si permite en sus arcanos
que al justo se le persiga,
y que el malvado consiga
todos sus gustos insanos.
¡Terrible es la indignación
de Dios, si á su colmo llega!
¡Infeliz del que no alega
una eficáz contricción!
Juana. Ruin fué su pensamiento.
Rufina. (*Aparte á Felipe*) ¡Qué bien se explica tu amigo!
Felipe. (*Id. á Rufina.*) ¡Si estudió, yá te lo digo!
Cárlos. (¿Es esto remordimiento?)
Andrés. Diga usted, ¿nunca señor,
ejerció la caridad?
Cárlos. ¡Tenga usted de mí piedád!
Andrés. ¿Y ese decantado amor
era fingido, verdád?
Cárlos. ¡Basta yá, por compasión!
Andrés. ¿Y nunca esa lúz divina
qué á la virtud nos inclina
alumbró su corazón?

Felipe. (*Bajo á Rufina.*) ¡Mira que cara, Rufina!
Rufina. (*Id.*) (Sí, sí, cara de usurero.)
Felipe. (*Id.*) (Pensando estará en su oro.)
¿Y no te dió aquél dinero?
Rufina. (*Id.*) ¿A quién, á mí? ¡Pordiosero!
(Quiere mucho su tesoro.)
Andrés. Ya que usted lo necesita,
voy hacerle comprendér
qué es la caridad bendita
que redime y purifica,
por si la quiere ejercér!
Es... un destello del cielo
que Dios manda á nuestro lado
para ser dulce consuelo
en este mísero suelo
del pobre desheredado.
¡Es la virtud que descuella
sobre todas las demás;
es la más augusta y bella!
¡Si el hombre sigue su huella,
yá no necesita más!
¡Qué hermosa es, qué sublime;
la llama de caridad!
¡Virtud santa que redime
al pecador que le oprime
la mancha de iniquidad!
Felipe. ¡Deseche usté la maldad!
Rufina. ¡Oh, no olvide la lección!
Juana. ¡Abra á ella el corazón!
Elena. ¡Practique la caridad!
Cárlos. Despues de haber escuchado
esos sublimes consejos,
de mandarme léjos, léjos...
resolución he formado.
Firme estoy y decidido,
lo que adquirí con usura
destinaré á la ventura
del pobre y del desvalido.
¡Cuenta corriente he de hacér,
por cada cuatro usurpado
daré catorce al contado!
¡Yá rico no quiero sér!
¿Y tú, Andrés, me ayudarás
á obrar mi reparación?
(*Dirigiéndose á Elena y entregándole un papel que rompe.*)
Rompo nuestra obligación,
¿Elena, perdonarás?
Elena. Jamás en el pecho mio
logró cabida el rencór.

Cárlos. Gracias, gracias; mi dolór
cesó yá con mi estravío.

Andrés. El mal es malo en sí mismo,
castiga á quien le produce;
nécio, el que mal se conduce
obrar bien, es egoismo.
¡No olvide usté ésta sentencia
que en la experiencia he fundado:
«siempre vá tras el pecado
una amarga penitencia!»
Y á todos los que obran bien
y esquivan el precipicio
á que siempre lleva el vicio,
dá Dios por premio el edén.

Felipe. ¡Qué alegre estoy, qué contento!

Andrés. ¿Di, serás mi esposa amante?

Elena. ¡Oh! Seré feliz y constante,
si tú honroso nombre ostento.
¿Y usted qué me dice tia?
¿Aprueba usted mi elección?

Juana. ¡Os daré mi bendición.
con una inmensa alegría!

Rufina. (*A Felipe.*) ¿Y tú cuándo cumplirás?

Felipe. Me faltan diez y seis dias.

Andrés. ¿Y sigues las huellas mias?

Felipe. Es claro; me arrastrarás.

Andrés. Pues bien, buscas obradór
y trabajas; ¡fuera apuros!
Te daré doscientos duros
para obligarte mejór.

Cárlos. Yó trescientos te daré.
¡Comienza mi expiación!

Felipe. (*A Andrés y Don Cárlos.*)
¡Gracias doy de corazón!
(*A Rufina.*) Verás qué fiel te seré.
(*Al público.*) Público, ¿sin egoismo,
un aplauso no obtendrá?
Dásele, y éste será
El premio del heroismo.

FIN.